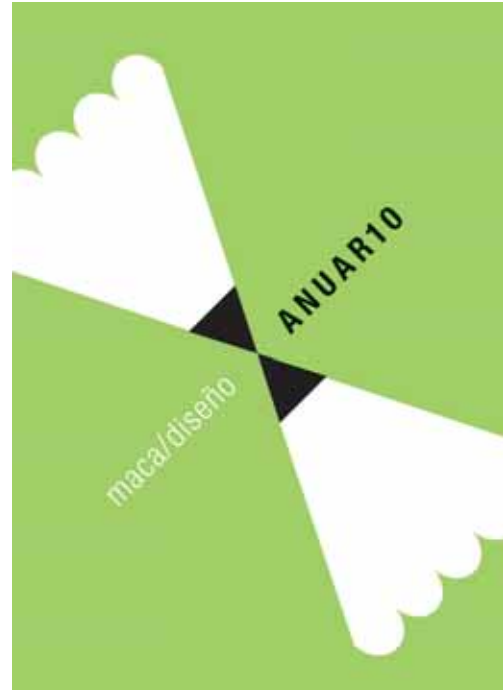
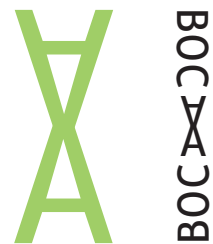
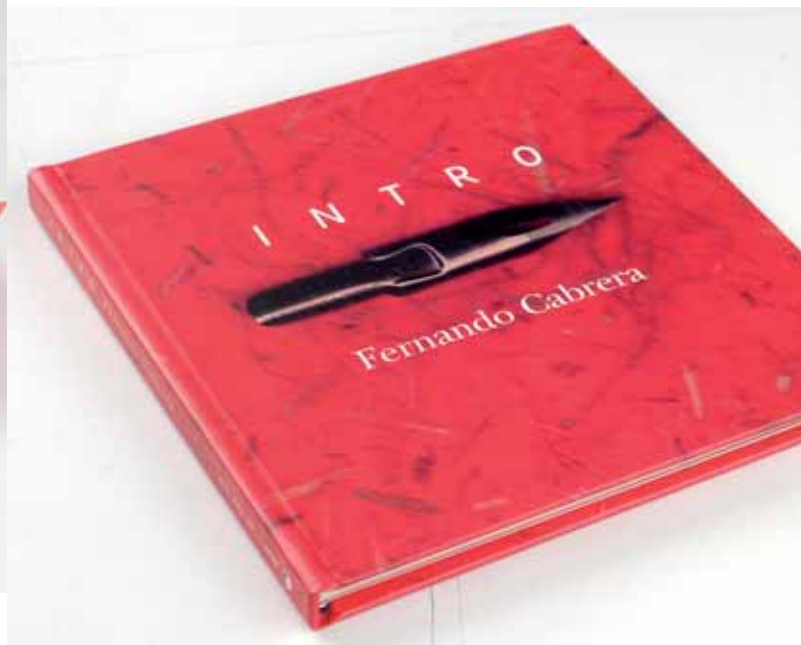




ANUARIO 2012 MACA/DISEÑO







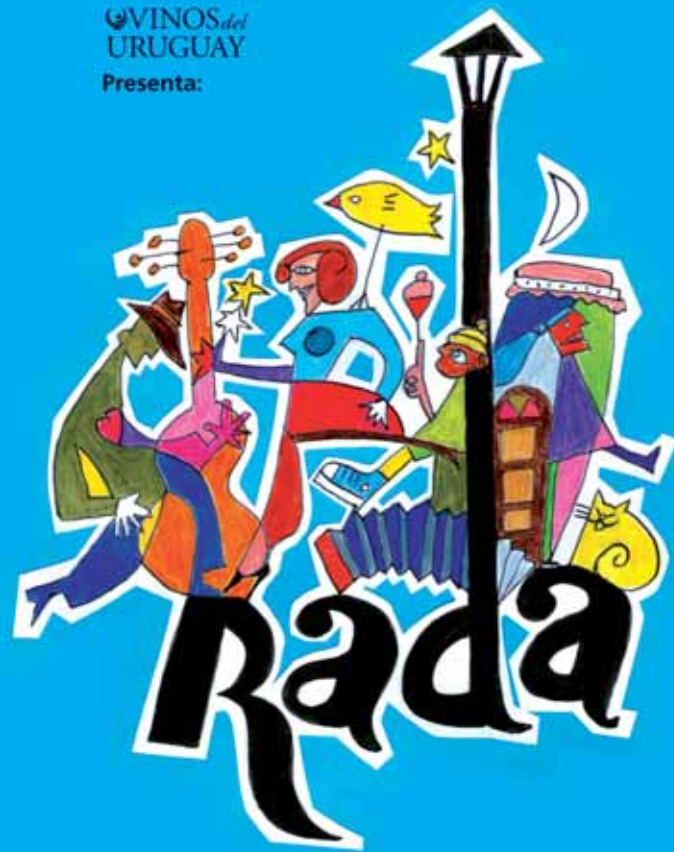
MONTEVIDEO

en canciones

Montevideo Capital Cultural Iberoamericana 2013

VINOSdel
URUGUAY

Presenta:



TANGO-MILONGA-CANDOMBE
Música negra del Río de la Plata

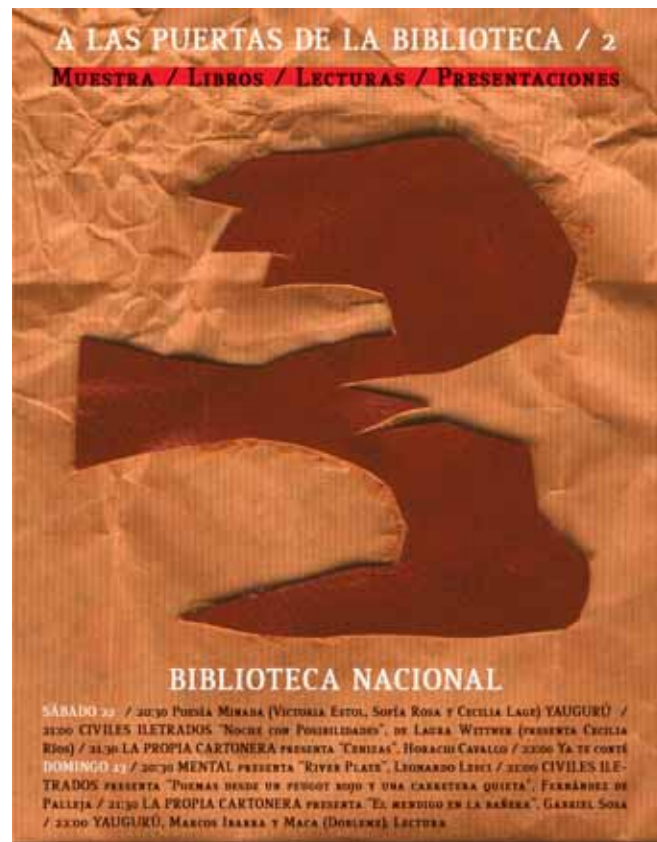
27, 28 y 29 de agosto / 21 hs.
Teatro Solis - Sala Zavala Muniz

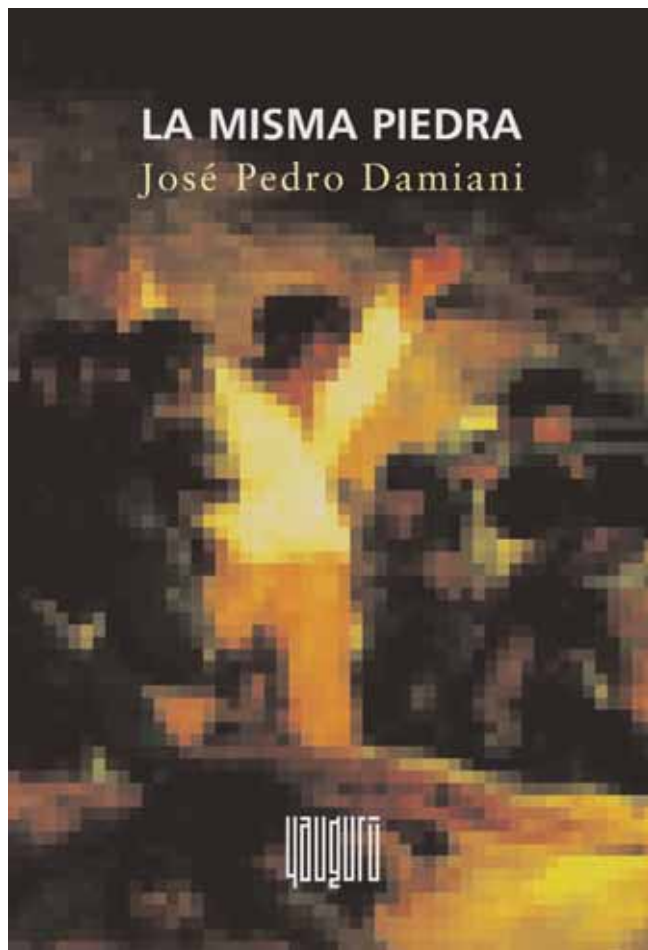


LA POESÍA

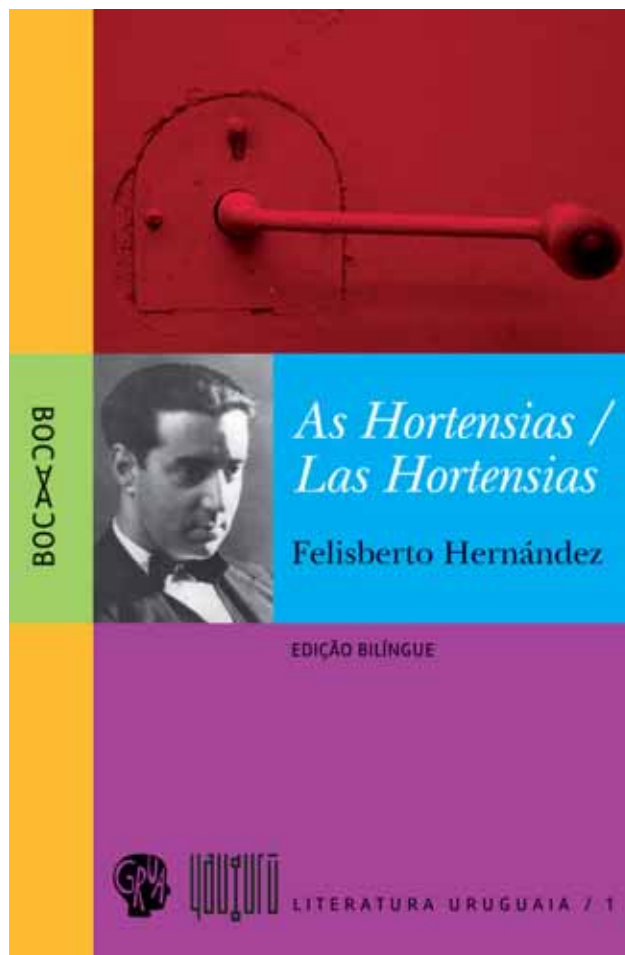
dentro y fuera del poema y todo alrededor

Presentación de YAUGURÚ, editorial uruguaya, por su editor, el poeta
Gustavo Wojciechowski, junto a Isabel de la Fuente, Fernando Aíta,
Mariana Bugallo y Marga Roncarolo / miércoles 1 de agosto / 20 hs. /
en LA LIBRE, Bolívar 646, San Telmo, Buenos Aires / y *todo alrededor*

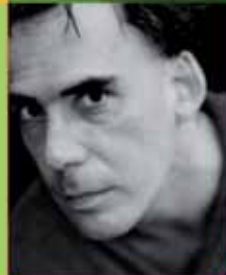
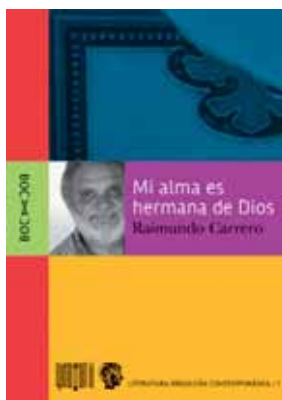
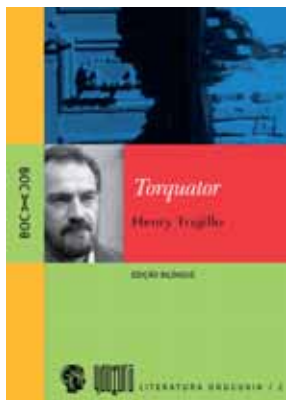




14



15



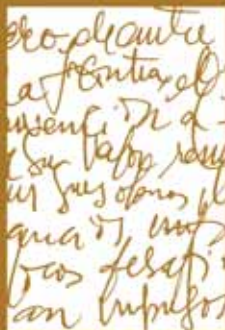
Las cosas Arnaldo Antunes

BOCALCOB

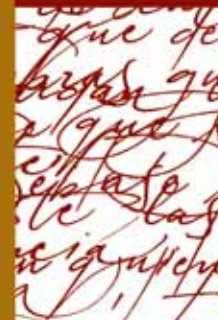


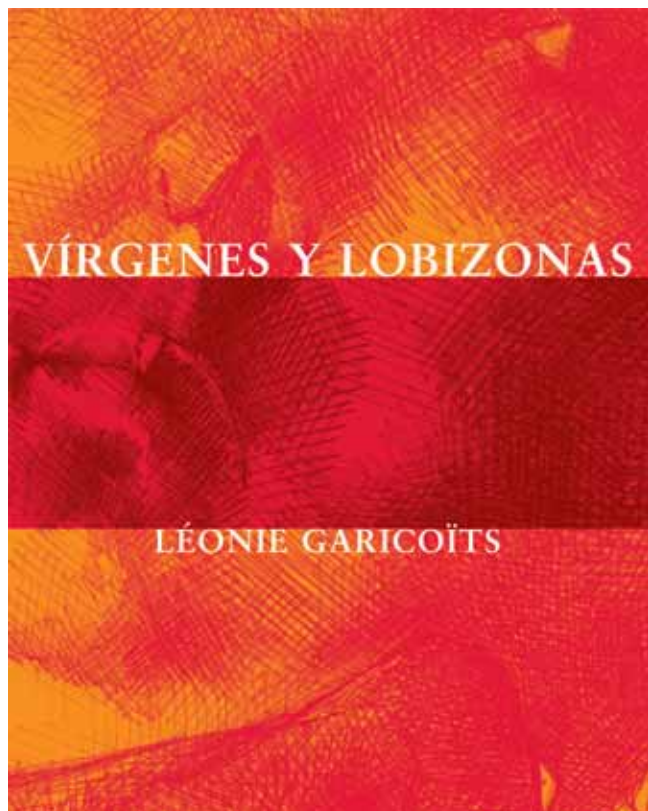
LITERATURA BRASILEÑA CONTEMPORÁNEA / 2

HISTORIA de la LECTURA en
la ARGENTINA. Del catecismo colonial a las
netbooks estatales ¶ Héctor Rubén Cucuzza
(dir.) / Roberta Paula Sprengelburd (codir.)



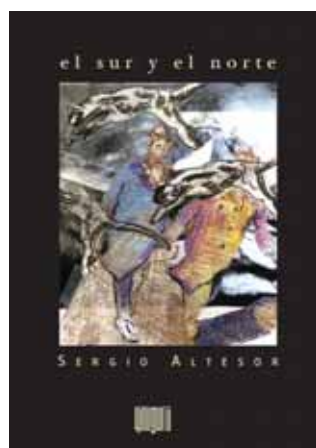
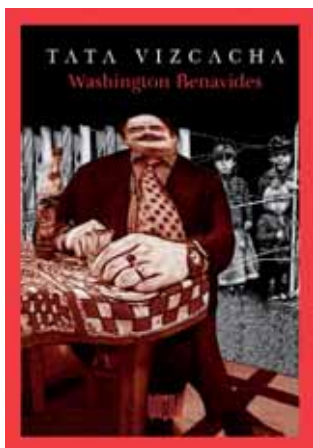
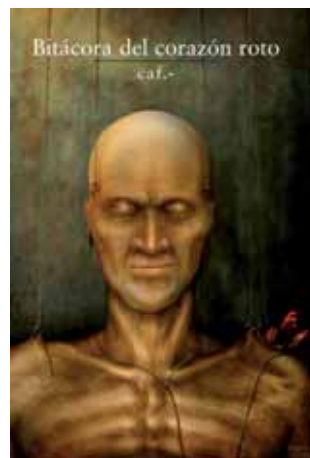
HISTORIA de la LECTURA
y de la ESCRITURA en el mundo
occidental ¶ Martyn Lyons

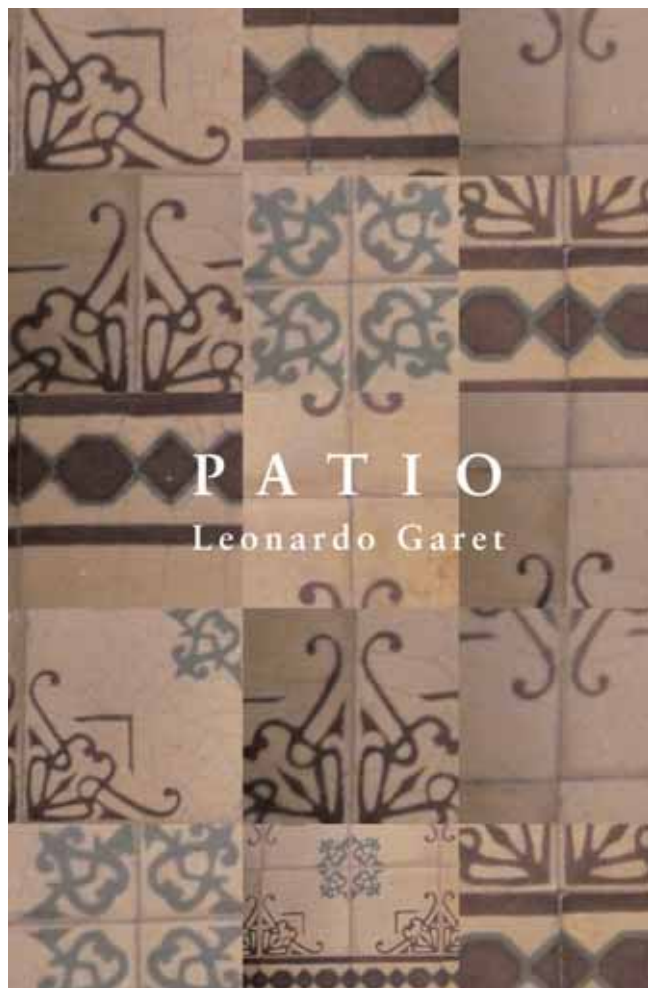




Entre las mantas

Elena Solís

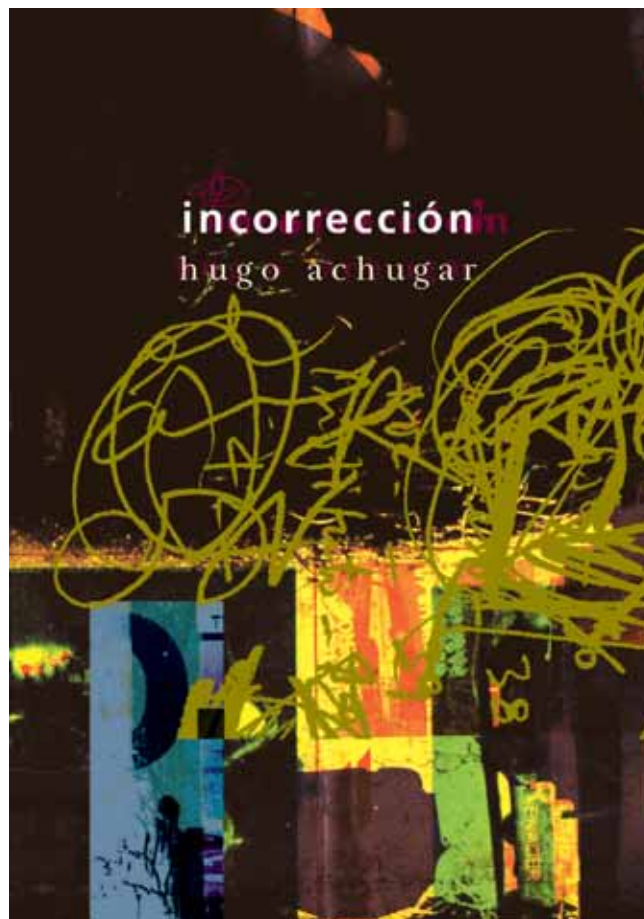




30



31





Bailando
sola
cada
noche

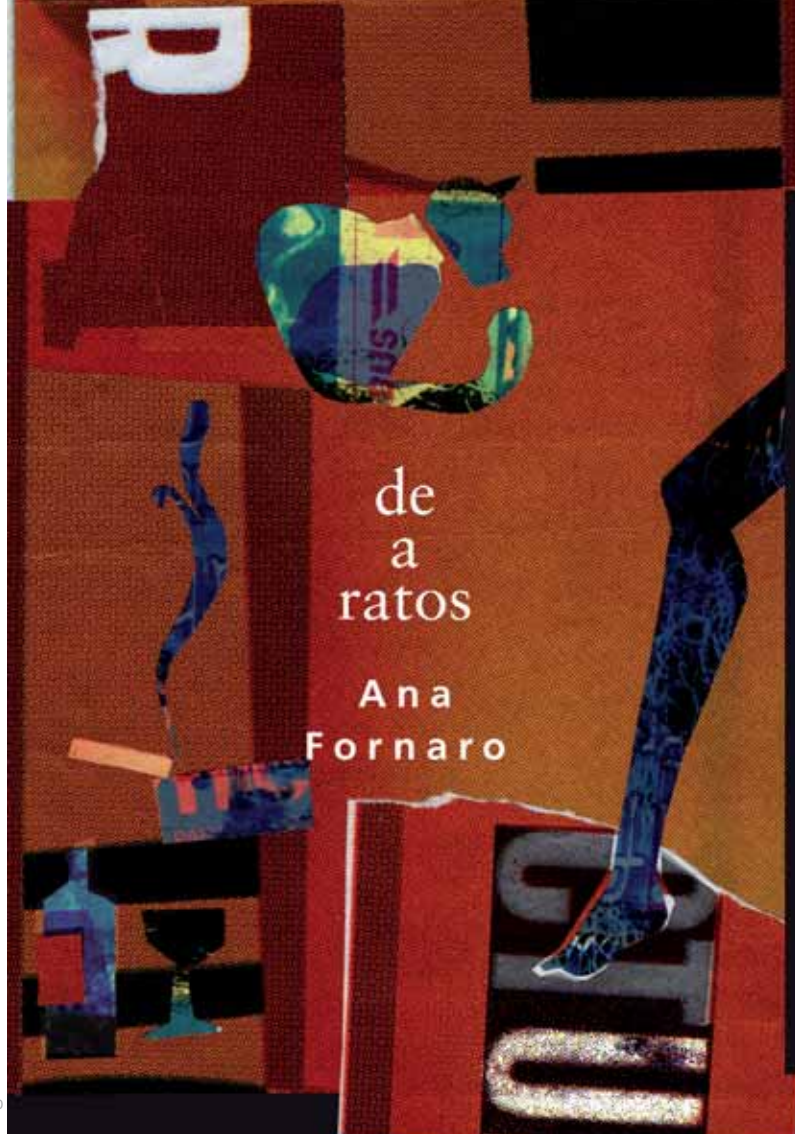
*comedia
más bien negra
y patética*

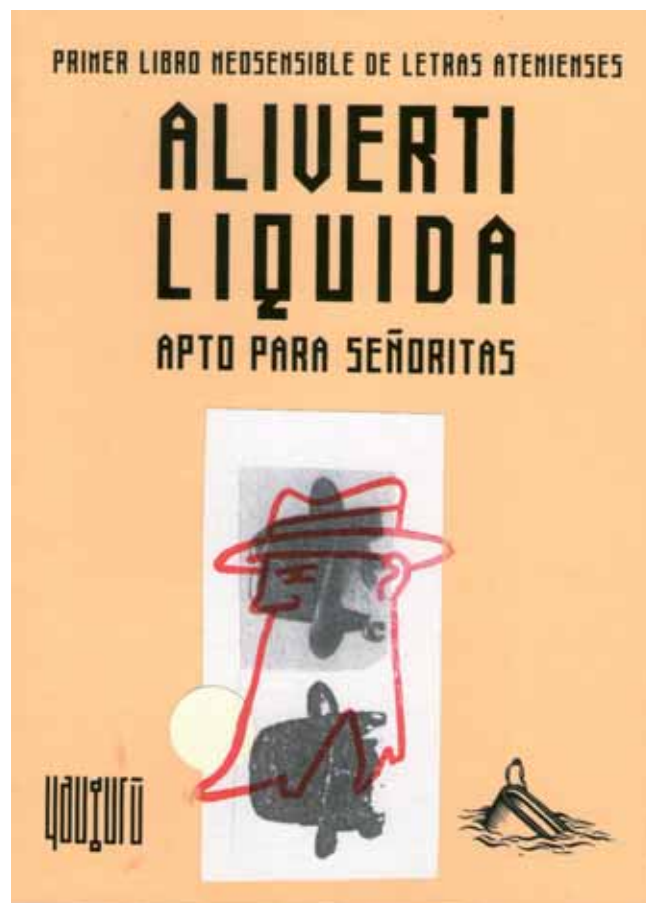


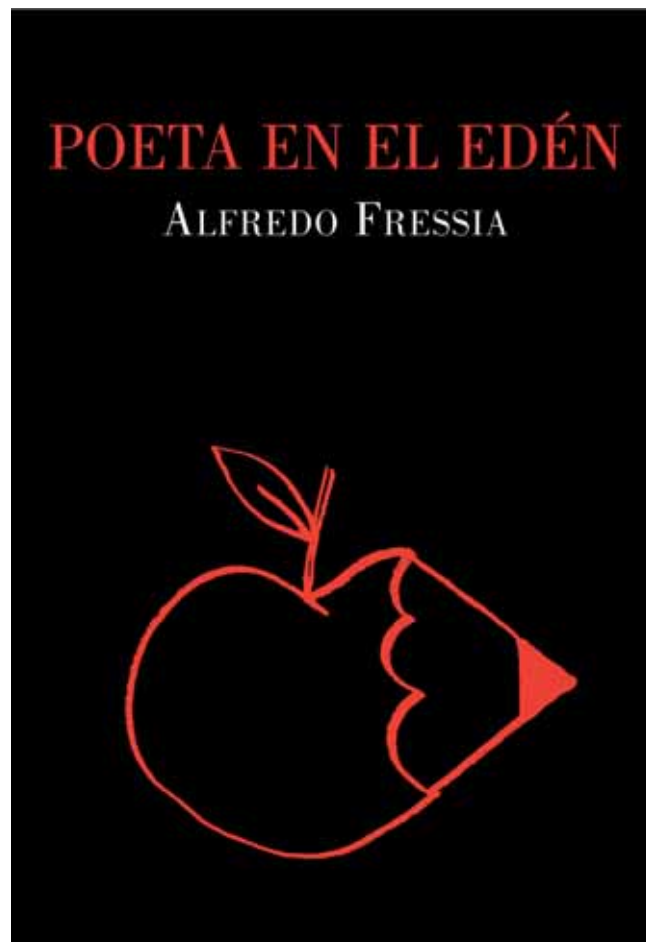
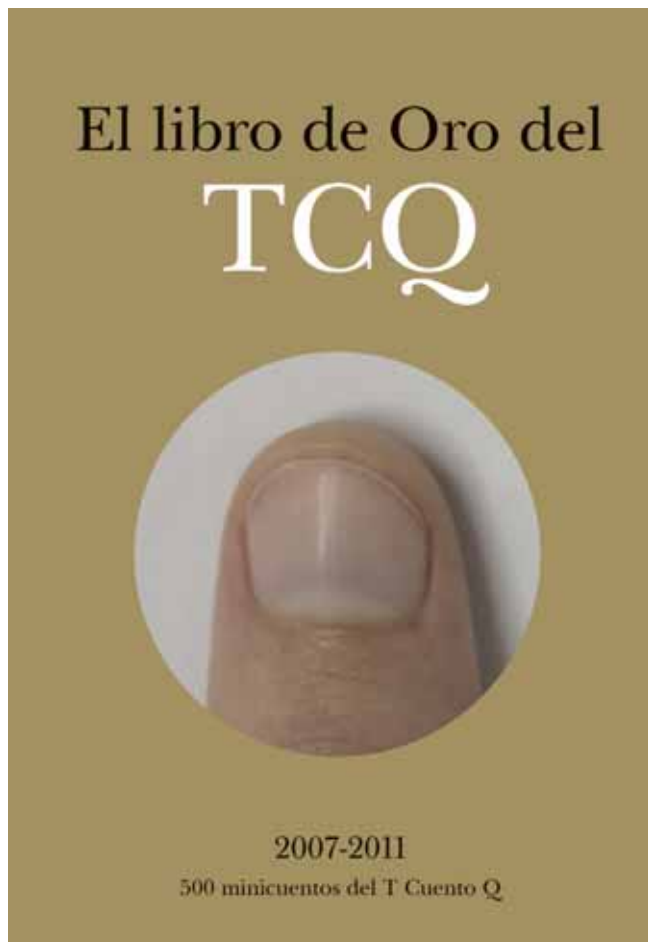
Raquel Diana

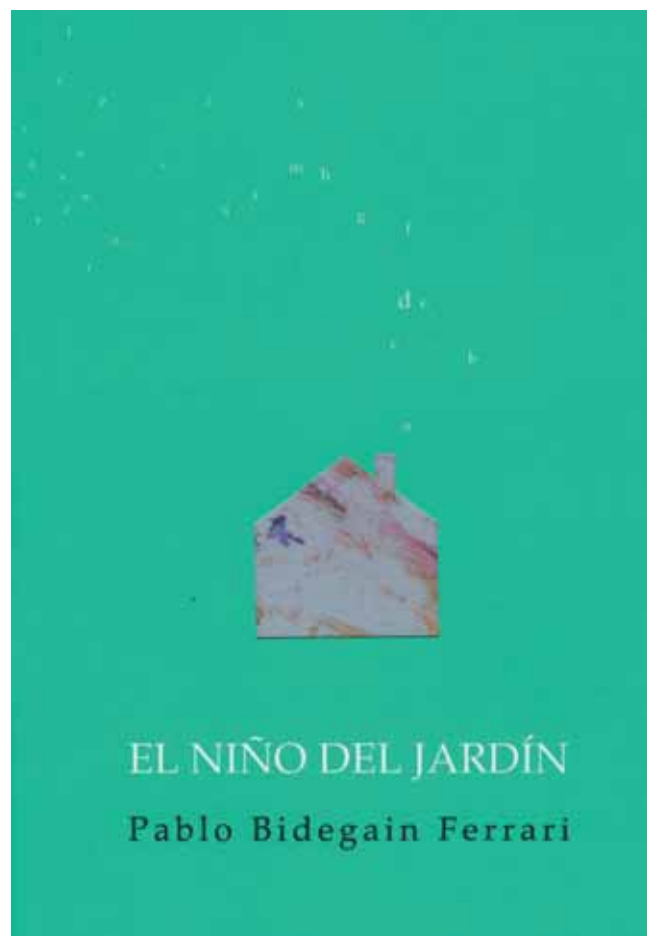
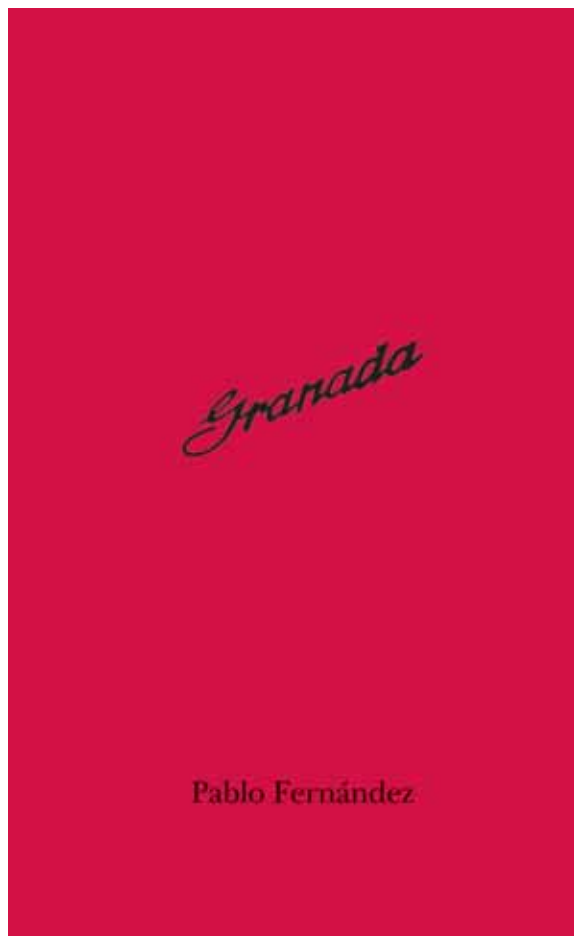
de
a
ratos

Ana
Fornaro



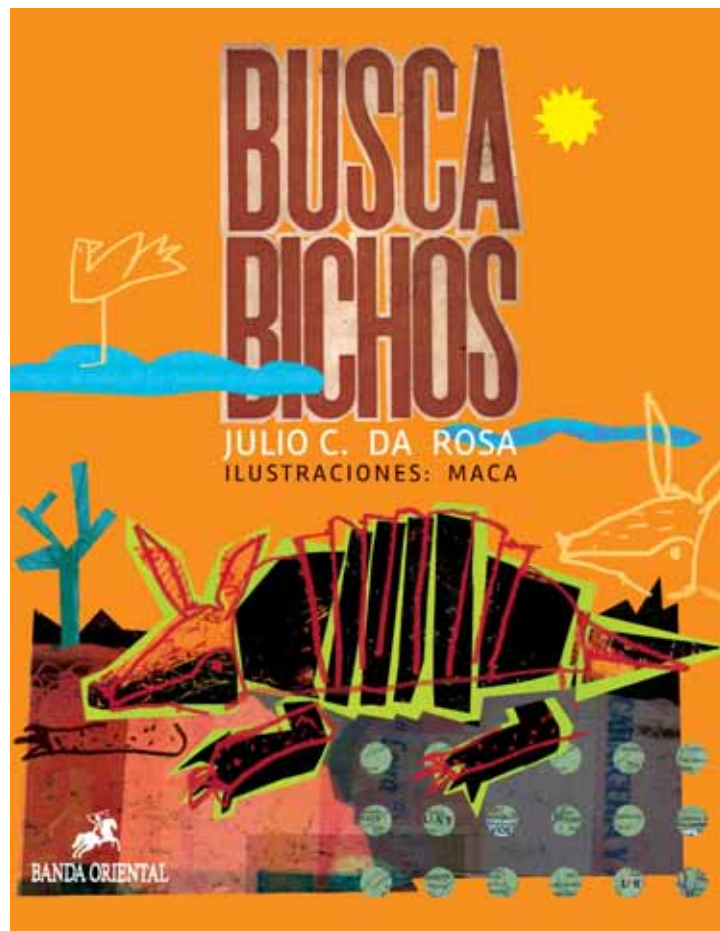
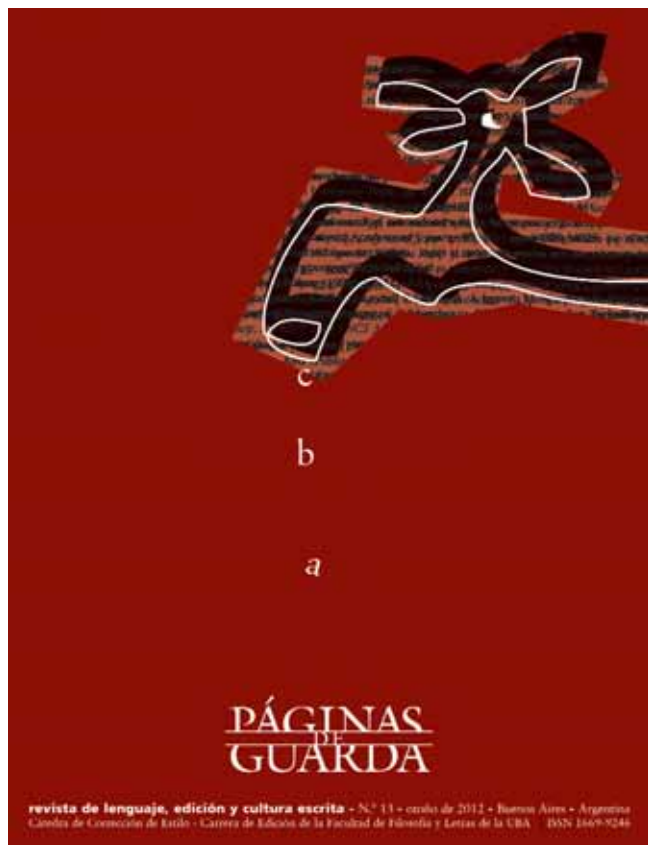












sentir las respiraciones de un lote de capinchos que retozaba casi contra nuestras narices. Ya de vuelta, nos explicó:

—Cuidándose de no ser visto ni venteado, se agarran de la pata.

—¿Y con viento a favor?

—No se les ve ni el apetito.

—¿Y por qué no les tiró, allí?

—¡Ah!... porque por cazar uno o dos, usted ahuyenta al resto. Un capincheiro debe ser hombre de paciencia.

Al mediodía comimos el más sabroso lechón asado a las brasas que yo recuerde. Seteamos y a la media tarde comimos choclos asados. Sobre caídas de noche, Doribaldo puso a cocinar un suculento puchero de charque y chorizo de capincho. Fumó un cigarro, desató las cuerdas de los perros y, con ellas en la mano, nos hizo una señal que quería decir varias cosas a la vez. Que lo siguiéramos, que caminaríamos callados, que ni palitos quebrásemos...

Siempre contrariando el viento, dimos un gran rodeo. Por allá, se detuvo Doribaldo. Cuando nos tuvo cerca, nos hizo mirar hacia el maízal. Y bajo la claridad lunar, nosotros pudimos percibir hasta el color tostado de las pelambres. Era una tropa de no menos de diez capinchos. Chanchos eran, por la forma de comer choclos:

—Prepárense para hacer lo que yo haga —nos dijo el capincheiro—. Largó los perros, los azuzó rumbo al rebaño de grandes roedores. Tras los perros ladrando a toda carrera, salió él, gritando a toda carrera. Allí atrás nosotros, chapoteando entre terrones y plantas. Se pobló la noche de gritos, tropeles y ladridos.

Cuando llegamos adonde nos esperaba Doribaldo, estaba él sobre el borde del pozo. Y en el fondo del pozo, dos enormes bichos se debatían como locos. Parecían ratas rabonas, de pelo cerdoso y oscuro, del tamaño de un chanchito mediano.

Cenamos el puchero y nos acostamos a dormir. Severiano y yo, soñamos con capinchos—caballos.

Al levantarnos, había una dorada runda de chorizo de capincho, esperándonos para el desayuno.

Enseguida de comer lo que pudimos, marchamos tras nuestro guía. Él, escopeta al hombro y perros sujetos de las cuerdas. Rumbelábamos a lo que Doribaldo llamaba "la olla de los capinchos". Era una inmensa laguna, como a veinte cuerdas del campamento.

No quiero acordarme del espectáculo que nos ofreció el barbufo. De aquel espectáculo; del almuerzo, el desayuno y la cena de capincho; del monte y la luna y los perros y el cansancio que teníamos, Severiano y yo nos fuimos con una horrible visión. Una visión de pesadilla. Una pesadilla de tiros, ayes, tajos, sangre, cadáveres, agua y agua. Y un asco por la carne de capincho, que nos revolvió los estómagos.

Por suerte vino mi padre a buscarnos. Nos despedimos de Doribaldo, completamente decididos a no ser capincheiros. Él quedó estaqueando cueros de capincho.

El ejército capincheiro



Como toda casa campesina y vieja, la mía estaba minada de ratones. Minada digo, y digo verdad. Millares de ratones pululaban por techos, paredes y entrepisos. Millares, merodeaban por los alrededores, con guarida en cercos y canteras de piedra.

No conozco arma más temible en cuerpo tan chiquito, que el diente de ratón. Si un individuo "armado hasta los dientes" es un peligro, nadie sabe lo que es un individuo armado con estos dientes. Si en vez de un individuo es un ejército, nadie es capaz de imaginarlo.

Pues contra las invasiones de ese ejército así armado, era necesario, en casa, vivir en permanente batalla. Venenos activísimos, decenas de trampas, manadas de gatos, montaban guardia permanente en custodia de graneros, despensas, trojes, galpones y papeles. Asimismo, nadie podía evitar que al caer de las noches, nuestra enorme casona y sus contornos se llenaran con el rumor de las correrías, los chillidos y la acción mandibular de aquella enorme población menuda, inteligente e invisible. Menos podía evitarse que, al llegar el día, se comprobaran las alarmantes mermas de las provisiones de boca —desde granos hasta quesos— y los indignantes destrozos de libros, guascas y maderas.

Durante mucho tiempo yo escuché toda clase de maldiciones contra aquel enemigo terrible. Durante el mismo tiempo debí oír, noche a noche, el baruliento quehacer de sus malones clandestinos sobre techos y bajo pisos. Creo que hasta aprendí a odiar a los ratones con toda la fuerza de mis seis años.

Más, dicho lo que acabo de decir, debo hacer una confesión: la vez que vi un ratón atrapado en una trampa, se me borró de golpe aquel borbollón. Lo vi tan chiquito, allí, al pobre; que no pude evitar una enorme compasión.

Compasión parecida a la que debe sentir quien vea un chiquilín —por perverso que haya sido— tras las rejas de una cárcel.

Sali de allí con una resolución bien tomada: la de que, costara lo que costara, yo tenía que ser dueño de un ratón. Dueño absoluto y total; padre y madre, tenía que ser.

Me pasó toda una tarde siguiéndole los movimientos a un gato con fama de cazador. Allí sobre el ocaso, lo vi hacerse un arco tras algo así como una bala, que se sepultó en un agujero de cantera. Allí corrí. Espanté al gato, estuve moviendo piedras y de repente, allí contra un fondo oscuro y sobre blanco lecho de papeles, plumas y trapos, percibí el rosado pálido de varios cuerpitos arrollados. Estiré el brazo, abrí y cerré la mano sobre carne tibia, la saqué. Ante mis ojos se estremeció una



Zorreras



Que yo fuera buscachicos, no quiere decir que todos los bichos me fueran simpáticos. A algunos se las tenía juradas. Si los buscaba, no era por cierto para ofrecerles mi cariño. Uno de ellos fue el zorro. Trataré de dar razones.

Aparecía una gallina muerta y sin pechuga. "¡Zorro!", decían los mayores. "Bicho condenado", contestaba yo.

Nos encontrábamos con un pobre corderito mordido en el pescuezo o abierto de un costado. "¡Zorro!", era la voz. Y yo: "¡Bicho asesino!"

Íbamos caminando a bocas de noche, por un caminito solitario. De repente, "guac", gritaron de atrás de unas piedras. "Zorro!" exclamó alguien el alta voz. "¡Mamita!", había murmurado antes, yo, los pelos como plinchos, los dientes como pororó.

Allí cuando pelos y dientes se me soscargaron, se me desató la lengua:

—¡Bicho abusador con la gente buena y desprevenida! ¡Cobardel! ¡Lindo para sobarte a palos por mal acostumbrado a pasar por gracioso! ¡Matagallinas! ¡Asesinacorderitos! ¡Asustagur... digo hombres!...

Estábamos alamblando en pleno diciembre seco, sobre una cuchilla pedregosa y árida. Trabajábamos de sol a sol. Unos soles que duraban doce horas y pesaban toneladas de fuego lento.

Por no poder cocinar más que una sola vez, de la comida del almuerzo apartábamos la de la cena. De ésta, la del desayuno del día siguiente. Antes de acostarnos, acomodábamos como un tesoro aquel alimento de la madrugada inmediata. Nos levantábamos con una indisimulada simpatía por él.

Pues cierta madrugada en que nos disponíamos a dar cuenta del tesoro, nos encontramos con el campamento desmantelado. El fogón hecho un revoltijo de tizones. Las guascas mascadas. Dispersas las ropas y las provisiones.

—¡Zorro! —gritaron varias voces airadas. Viendo semejante zafarrancho, yo no pude aguantar la risa. Me vio tío Sebastián. Me ordenó, serio el viejo:

—Traiga la olla con el desayuno.

Y aquel zafarrancho sí, que me sacó las ganas de reírme. La olla estaba caída de costado, relumbrando por adentro. De nuestro guiso, ni una grasita de recuerdo. El único recuerdo que yo recuerdo, era un olor asqueroso. No sé qué cara habré puesto, para que ahora fuera mi tío quien largara una carcajada que rebotó ladera abajo. Lo que sé es que mi apetito me gritó con tal fiereza, que mi boca se volvió una ametralladora contra el ladrón lambeta. Juré seguirlo hasta el fin del mundo.

Aquella misma noche me puse a aguardarlo con la escopeta de mi tío. Horas enteras noche adentro. Cansado como andaba, me dormía como marmota. A la madrugada me despertaban las risas y las pulias de mis compañeros. Frente a mí, la misma visión del campamento dado vuelta.

Cambié de táctica. Resolví sestear de día, para velar toda la noche. Me pasé varias noches de punta a punta, con la escopeta amantillada. Un ojo cerrado y otro abierto sobre la mira. Pues ni un ruido, ni una señal a lo largo de las noches. Nada. Ni sombra; ni olor de zorro cruzó por allí.

Viéndome derrotado como quedé, mi tío me prometió ayudarme.

—A zorro, zorro —me dijo, y se puso a construir sobre una rastra un "bendito" de varejones. Era una trampa. Se armaba colocando en su interior un buen bocado de carne sujeto a un alambre. Este alambre a su vez sostenía una puerta de cuchilla. Tirando de la carne, escapaba el sostén de la puerta y ésta caía, encerrando al ladrón.

Al oscurecer condujimos la trampa hasta unas grutas zorreras. La armamos. Hicimos fuego con bastante grasa. El viento se encargaría de llevar el apetitoso aroma hasta cuantas narices entrometidas hubiese por allí. Después nos fuimos.

A la mañana siguiente, para allí marchamos. Yo iba tenso de emoción. Poco antes de llegar, me anunció el viejo:

—El individuo nos está esperando.

En dos saltos de mi caballo, estuve junto a la trampa. Allí estaba, mismo, el matrero. Era un zorro regular; pelo grisáceo renegrido, aspecto y tamaño de un perro policía joven; cola apenachada. Estaba furioso de impotencia.

—¡Al fin nos encontramos! —le grité y con un palo comencé a pincharlo a través de los barrotes. Se revolvía a los mordiscos, entre ronquidos ásperos.

A mi tío no le gustó nada mi encarnizamiento. Agarró un maneador y, como pudo, enlazó al zorro y lo hizo salir. Alcanzándome luego la cuerda me dijo:

—Tome. Ahora sí, hágale lo que quiera.

Y se puso a armar un cigarro.

El bicho tironeaba y saltaba como un desesperado. Comenzó a arrastrarme y yo con la mirada recurrí a mi compañero. Lo encontré fumando inmutablemente.



Pude manotear un palo grueso y acertarle al enemigo dos o tres garrotazos. Cuando me disponía a descargarle dos o tres cientos más, me sorprendió lo inesperado: el zorro comenzó a tambalear, para desplomarse enseguida, completamente inmóvil. Todavía abrió dos o tres veces la boca y sacó tamaña lengua. "Muerto", me dije. Y a mi tío:

—Lo maté.

—Capaz que sí...

—¿Qué hago?

—Pues y si lo maté, sáquele el maneador.

Obedecí y me puse a acomodar el recado para asegurar la valiosa pieza.

De lo demás, no quisiera acordarme. Todavía me parece puro sueño. Al volverme para cargarlo, el "muerto" se había incorporado.

—¡Reviví! —grité o aullé.

—¡Agárrelo, que se le va! —le oí al viejo, al tiempo que salté para caerle encima al maldito. ¡Qué iba a caerle! Contra unas piedras, fui a caer. Él iba allá tras unos matorrales, haciéndose chiquito en la disparada.

Me levanté, volví a arremeter. Me perdí quebrada adentro, ya sin rumbo.

Al rato largo volví. Mudo, venía. Lleno de magullones y rasguños. Lagrimeando de rabia, desazón y ardores.

Monté a caballo y sin mirar al viejo salí a la disparada hacia las casas. Asimismo, todavía pude oírle a mi tío:

—Lo volvieron a zorrear a mi sobrino.

Por mucho tiempo no quise hablar ni oír hablar de semejante bicho.



profunda amargura. Pensé que entre una majada de borregos, apenas se me vería la cabeza. Me vi nadando montado en cualquier cañada; sepultado entre carquejales; caminando por encima de mi cabalgadura, en los lugares pedregosos. En pocas palabras: me sentí dolorosamente rebajado como hombre de campo. Tuve la misma sensación de ir montado en un zuzco.

Al regreso, le dije a mi padre:

—Yo no subo más en esa porquería.

—¿Qué culpa tiene el caballo de ser chico?

—¿Y qué culpa tengo yo?

—Tendrás que darle alguna explicación a tu padrino...

Se la di. Le mandé decir que como petiso, el overo me parecía un gran petiso. Pero que yo estaba muy viejo para esos trotes. Que lo iba a reservar para cuando tuviera hijos. Le agregué:



-Entonces, nunca vamos a tener ñandúes? ¿Eh? Declíme, ¿nunca?

-Podríamos, pero de una sola manera.

-¿Cuál?

-Criándolos aquí.

Me quedé pendiente de lo que quedaba pendiente. Pero quería que fuese él quien lo dijera. Esperé. Salí con la mía. Fue él, al fin.

-Vamos a encargar unos charaboncitos.

Tragué saliva antes de repetir:

-¡Unos charaboncitos!...

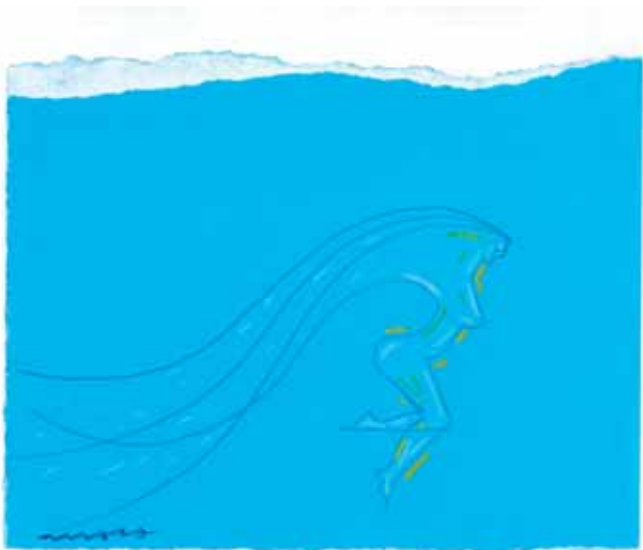
Y quedé mirándolo con esa gratitud que suele anidar en el pecho de los garises. Anida allí, silenciosa y quieta. Si hace ruido o se mueve, ha de ser goteando lágrimas.

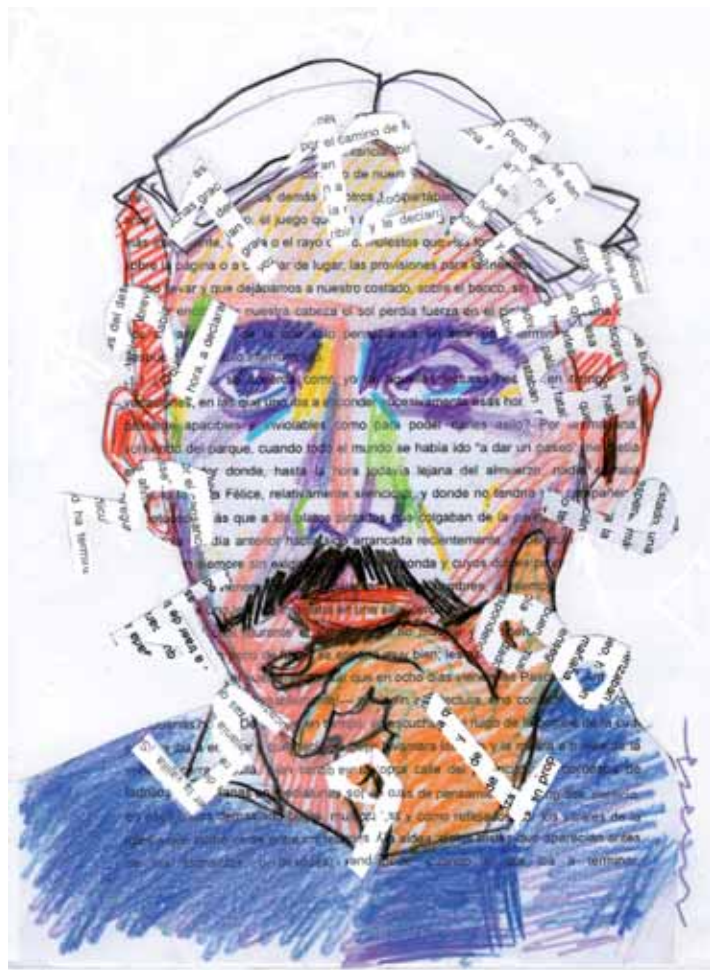
Me dormí repitiendo "charaboncitos". Soñé con charaboncitos. Me desperté pronunciando "charaboncitos".

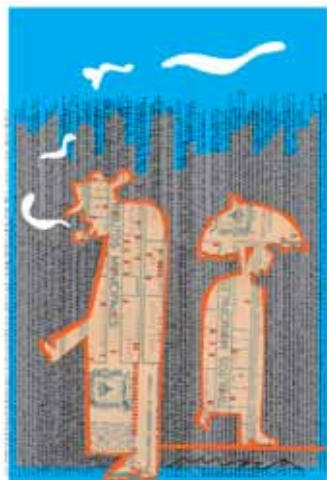
Recuerdo patentemente la mañana en que llegaron los tres a casa. En el carro de pértigo, venían. Estaban echaditos en el cajón donde los habían encerrado, sin más ropa que la puesta. Liberaban de pena.

Tres, eran. Un varón y dos nenas, según me dijo tío Sebastián. Mientras los liberaban, yo me quedé pensando en su desgraciada situación. Su caza campo afuera; su separación de padres y hermanos; su largo viaje encerrados, haciéndose preguntas sobre su incierto destino.













ACTIVIDADES DE 2012

Jurado en la **Quinta Bienal de Tipografía Latinoamericana (Tipos Latinos 2012)**, Caracas, Venezuela. (Junto a Francisco Calles [México], Juan Carlos Darias [Venezuela], Miguel Hernández [Chile], Fabio López [Brasil], Viviana Monsalve [Colombia] y Dario Muhafara [Argentina]).



Uruguay Diseña. Exposición colectiva de diseño en la Galería Johan S. de la ciudad de Helsinki (Finlandia).

Exposición colectiva de afiches conmemorando los 25 años de la Universidad Gestalt de Diseño (Veracruz, México).

Jurado del concurso organizado por el CdeF (Centro de Fotografía) en las categorías: Libro de autor uruguayo, Libro de autor latinoamericano y Fotolibro. (Junto a Julieta Escardó y Diego Velazco).



Jurado del concurso de afiches para la Feria Internacional del Libro organizada por la Cámara Uruguaya del Libro. (Junto a Alejandro Sequeira).

BID. Exposición colectiva, **II Bienal Iberoamericana de Diseño** (Centro Cultural de España).

Exposición colectiva de **ILUYOS** (Ilustradores infantiles), en la Feria del Libro Infantil y Juvenil, y en Punto de Encuentro, Ministerio de Educación y Cultura.

Exposición colectiva **Dibujantes surgidos en los 80' y 90'**. Sala Carlos Federico Sáez del Ministerio de Transporte y Obras Públicas.



Charla en colaboración con Vicente Lamónaca: **Ejes para definir el panorama tipográfico latinoamericano.** VII Encuentro Latinoamericano de Diseño. Universidad de Palermo (Argentina).

Universidad ORT Uruguay. Dictado de clases en las Licenciaturas en Diseño Gráfico, Industrial y de Modas (Facultad de Comunicación y Diseño). Participa en el tribunal de Portafolio de Diseño de Interiores (Facultad de Arquitectura).

Sociedad Tipográfica de Montevideo (STM). Integra y participa de las actividades organizadas por la STM.



1. Anuario 2011 Maca/Diseño, [editado por Yauguru] formato: 10,5 x 15 cm, 2 tintas.
2. Logotipo Punto de partida (espacio de arte y artesanías).
3. Logotipo Colectivo de Docentes de Cine.
4. Logotipo de la colección BOCA A BOCA (libros traducidos de literatura brasileña y uruguaya).
5. Logotipo de Editores Independientes.
6. Libro / DVD "Intro" de Fernando Cabrera [edita: Ayul] 15 x 13 cm., 4 tintas + programa de mano para la presentación.
7. CD "Montevideo en canciones" [edición limitada, Ayul], 12 x 12 cm., 4 tintas.
8. Afiche para el espectáculo "Rada, Tango-Milonga-Candombe" [Glamity].
9. Afiche conmemorativo de los 25 años de la Universidad Gestalt de Diseño (Veracruz, México), 70 x 100 cm, Plotter.
10. Afiche para espectáculo "La poesía dentro y fuera del poema", (Buenos Aires) 20 x 20 cm. impresión laser.
11. Afiche para el documental "Estrella del Cordon", A4, 4 tintas.
12. Afiche para el seminario "Cuerpo de la Letra", A4, 4 tintas.
13. Afiche para la feria "A las puertas de la Biblioteca/2" A4, 4 tintas.
14. Libro "La misma piedra" de José Pedro Damiani [Yauguru], 15 x 24 cm., 4 tintas.
15. Libro "As Hortensias/Las Hortensias" de Felisberto Hernández [Yauguru/Grua], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
16. Libro "Otra vida" de Rodrigo Lacerda [Yauguru/Gua], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
17. Libro "Espinas y alfileres" de João Anzanello Carrascoza [Yauguru/Gua], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
18. Libro "Torquator" de Henry Trujillo [Yauguru/Gua], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
19. Libro "Mi alma es hermana de Dios" de Raimundo Carrero [Yauguru/Gua], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
20. Libro "Las cosas" de Arnaldo Antunes [Yauguru/Gua], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
21. Libro "Historia de la lectura en Argentina" de Héctor Rubén Cucuzza [Editoras del Calderón, Bs. As.], 15,5 x 23 cm., 4 tintas.
22. Libro "Historia de la lectura y de la escritura" de Martyn Lyons [Editoras del Calderón, Bs. As.], 15,5 x 23 cm., 4 tintas.
23. Libro "Virgenes y Lobizonas" de Léonie Garicoits [Yauguru], 17 x 21 cm., 4 tintas (detalle de un dibujo de Elián Stolarsky).
24. Libro "Entre las mantas" de Elena Solís [Yauguru], 12,5 x 19 cm., 2 tintas.
25. Libro "Noche de ronda" de Pablo Galante, 10,5 x 15 cm, 2 tintas (ilustración del autor).
26. Libro "Bitácora del corazón roto" de Caf.- [Yauguru], 12,5 x 19 cm., 4 tintas (ilustración de Alfonso Lourido).
27. Libro "Tata Vizcachá" de Washington Benavides [Yauguru], 14,5 x 21 cm., 4 tintas (ilustración de Pablo Benavides).
28. Libro "El sur y el norte" de Sergio Altoser [Yauguru], 14,5 x 19 cm., 4 tintas (ilustración de Domingo Ferreira).
29. Libro "Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca" de Alejandra Torres Torres [Yauguru], 15,5 x 24 cm., 2 tintas.
30. Libro "Patío" de Leonardo Garet [Yauguru], 21 x 29 cm., 4 tintas.
31. Libro "Santa poesía" de Rafael Courtoisie [Yauguru], 12,5 x 19 cm., 4 tintas.
32. Libro "Trasiego" de Gustavo Wojciechowski [Yauguru], 17 x 21 cm., 1 tinta.
33. Libro "Incorreción" de Hugo Achugar [Yauguru], 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
34. Libro "Bicho bola" de Victoria Estol [Yauguru], 14 x 14 cm. 2 tintas.
35. Libro "La memoria de los nombres" de Melba Guariglia [Yauguru], 15,5 x 24 cm., 4 tintas.
36. Afiche "Bailando sola cada noche", A4, impresión laser.
37. Libro "De a ratos" de Ana Fornaro, 14,5 x 21 cm., 4 tintas.
38. Libro "Tankas" de Leonardo Rossiello, Ramirez [Yauguru], 10 x 10 cm., 4 tintas.
39. Libro "Aliverti líquida" de la Troupe Ateniense [Yauguru/Irupciones], 15 x 23 cm. 2 tintas + intervención manual.
40. Libro "El libro de oro del TCO" [La máquina de pensar], 14,5 x 21 cm, 5 tintas.
41. Libro "Poeta en el Edén" de Alfredo Fressia [Civiles Iletrados], 14,5 x 21 cm. 2 tintas.
42. Libro "Granada" de Pablo Fernández [Yauguru], 12 x 19 cm., 2 tintas.
43. Libro "El niño del jardín" de Pablo Bidegain Ferrari [Yauguru], 14,5 x 21 cm. 4 tintas + troquel.
44. Libro "Mr. Fivehair" de Georg Engeli, 25 x 25 cm., Buenos Aires (ilustración del autor).
45. Libro "El abuelo Nous y el sótano misterioso" de Angélica Benvenuti y Solveig Retich, 25 x 25 cm. (ilustración de Cecilia Mattos).
46. Libro "Mojos" de Horacio Buscaglia [Yauguru], 20 x 20 cm., y páginas interiores.
47. Revista 33cines, N.º 1 y 2, 21 x 29 cm., 4 tintas.
48. Revista Páginas de Guarda, N.º 13 [Editoras del Calderón, Bs. As., Argentina], 20 x 26 cm., 2 tintas.
49. Libro "Buscachicos" de Julio C. Da Rosa/Maca [Banda Oriental], 23 x 30 cm., páginas interiores e ilustraciones.
50. Ilustraciones para el suplemento Cultural del diario *El País* de Montevideo.